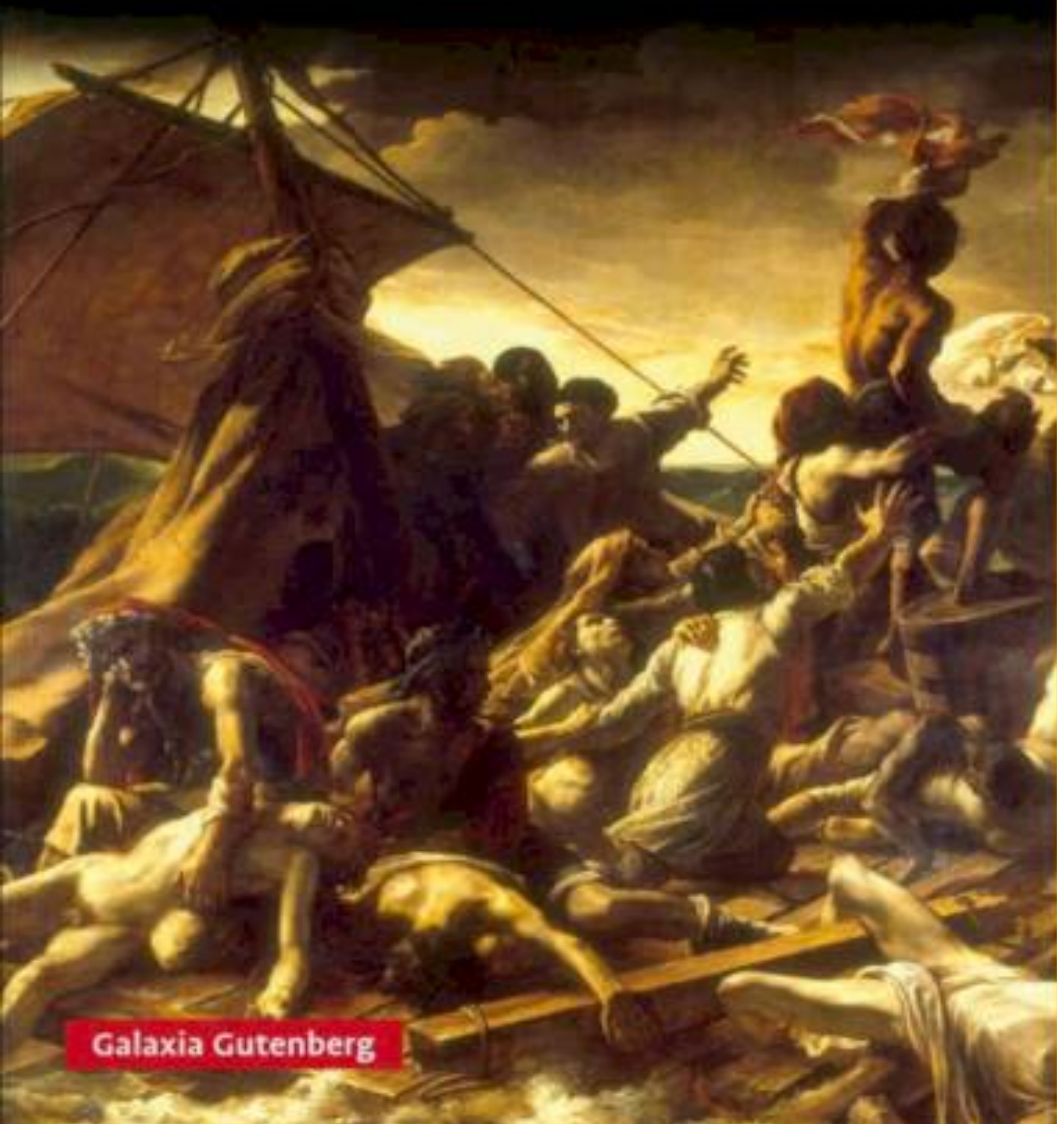


Luis Gonzalo Díez

El viaje de la impaciencia

En torno a los orígenes intelectuales
de la utopía nacionalista



Galaxia Gutenberg

Luis Gonzalo Díez (Madrid, 1972) es ensayista y profesor de Humanidades en la Universidad Francisco de Vitoria. Sus intereses como investigador están centrados en la historia de las ideas políticas contemporáneas y en una lectura de la novela europea de los siglos ^{xix} y ^{xx} desde los conflictos y antagonismos de la modernidad. Es autor de *La soberanía de los deberes* (2003), *Anatomía del intelectual reaccionario* (2007), *Los convencionalismos del sentimiento* (2009), *La barbarie de la virtud* (2014) y *El liberalismo escéptico* (2016).

El nacionalismo es una de las manifestaciones contemporáneas más misteriosas y polimórficas de *lo cultural*, de los infinitos usos ideológicos y propagandísticos que promueve su condición sentimentalmente indeterminada y, por ello, políticamente manipulable. Aproximarnos, desde el pensador alemán Johann G. Herder (1744-1803), a la génesis del nacionalismo y de su impactante concepto de cultura permite comprobar el llamativo vínculo entre un cierto radicalismo ilustrado y humanitario y el parto del nacionalismo como utopía emancipadora, universalista e igualitaria. Y entender, de una manera general y panorámica, el sentido histórico del proceso en virtud del cual el nacionalismo apolítico de Herder se transformó en la política de dominación asociada al culto romántico de la identidad cultural. Ya en el caso del pensador alemán, cabe observar el peligro que entraña abordar la política desde la cultura, como si la realidad del poder se pudiese tramitar con categorías estético-filosóficas. Cuando tal operación suele conducir, pese a las buenas intenciones de quien la auspicia, a instaurar un poder sin límites oculto bajo la propaganda de lo puro y auténtico, de los reinos de fábula.

LUIS GONZALO DÍEZ

El viaje de la impaciencia

En torno a los orígenes intelectuales de la utopía nacionalista

Galaxia Gutenberg

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Edición en formato digital: enero 2018

© Luis Gonzalo Díez, 2018
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2018
Imagen de portada: *La balsa de la Medusa*,
Theodore Gericault, 1819. París, Louvre.
© Scala, Florencia, 2017
Conversión a formato digital: gama, sl
ISBN: 978-84-17355-03-6

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, a parte las excepciones previstas por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Índice

Nota previa

1. El concepto nacionalista de cultura

2. El nacionalismo como utopía emancipadora

3. Dos filosofías de la historia: nacionalismo versus liberalismo

A modo de epílogo. El nacionalismo como política de dominación

Bibliografía

Ya todo el árbol de paciencia roto,
corre la nave de temor perdida.

LOPE DE VEGA

Yo mismo llevo algo en mi interior que sé muy bien que no lograré alcanzar nunca, y me hace infeliz que jamás pueda lograrlo ni anunciarlo. Éste es mi simulacro. Todos deberíamos dejar escrito, a nuestra muerte, aquello que siempre tuvimos por una mera farsa o juego de títeres, pero que, por miedo a las circunstancias, nunca pudimos declarar públicamente como tal. Todos nosotros hemos vivido cubiertos de tales mentiras vitales, y seguro que nos hará bien quitárnoslas, a más tardar en el momento en que nos dispongamos a vestir el sudario.

JOHANN GOTTFRIED HERDER

Nota previa

Este libro no es ni pretende ser un estudio sobre el nacionalismo, sino un ensayo interpretativo a propósito de lo que, en la crisis del Antiguo Régimen, el nacionalismo representa en cuanto criterio de legitimidad política. Una lectura inadecuada del ensayo sería estimarlo a partir de la tradición historiográfica que ha revolucionado los estudios sobre el nacionalismo en las últimas décadas. Tradición que, de manera tan sobria y eficaz, resume José Álvarez Junco en el primer capítulo («La revolución científica sobre los nacionalismos») de su *Dioses útiles. Naciones y nacionalismo*.

Mi objetivo, en una clave de historia de las ideas y desde el caso particular de Johann G. Herder, es intentar comprender de qué manera el argumento nacionalista fue utilizado en las batallas de la *Ilustración radical* para deslegitimar el absolutismo. La Ilustración que encarna Herder se habría terminado consolidando como una plataforma ideológica antiabsolutista diferente de la apuntalada por un Sieyès o un Thomas Paine. Pues, y esto me parece esencial, Herder promovió su ataque contra el absolutismo no desde *la razón*, como los autores citados, sino desde *la historia*; no desde categorías *políticas* centradas en la remodelación de la idea de poder, sino desde categorías *culturales* pretendidamente ajenas a la lógica del poder, siempre autoritaria y elitista a juicio del pensador alemán. Su filosofía de la historia atribuye al *Volk*, a la identidad cultural y lingüística del pueblo, un potencial crítico y emancipador equiparable a los discursos revolucionarios de la soberanía popular, la representación política y los derechos del hombre y el ciudadano.

Mi aproximación al fenómeno nacionalista es oblicua, se sale del camino académico ortodoxo y, por tanto, juzgarla

desde este camino implicaría negarse a apreciar lo poco bueno que pueda tener. El uso que hago de la terminología asociada a dicho fenómeno es muy libre, aunque no arbitrario. Es un uso puramente instrumental que no pretende dar cuenta de qué nacionalismo representa Herder en el marco de posibilidades que, al respecto, ofrece la historiografía actual. Y ello porque el objetivo del ensayo consiste en abordar cuestiones como el papel que desempeña la cultura en los esquemas de legitimidad política críticos con el absolutismo, la vinculación entre tradición e insurgencia que cabe establecer en medios intelectuales opuestos a la línea *oficial* de la Ilustración, pero no por ello contrailustrados, sino defensores de *otra* Ilustración o el ejercicio antiliberal del poder al que, de manera imprevista, tiende la visión utópica de las identidades culturales.

Lo que este ensayo pueda aportar al conocimiento de Herder y del nacionalismo será, por tanto, limitado e indirecto ya que se sirve de ellos para pescar en caladeros que no son los habituales de la extensa bibliografía generada por dicho pensador y por dicha ideología. Si algo he aprendido de la historia intelectual es que los caminos de ésta, como dice J. G. A. Pocock, son subterráneos y, en ocasiones, hacen aflorar contextos de interpretación sorprendentes e inesperados. Como el que relaciona el humanitarismo e igualitarismo de un cierto radicalismo ilustrado con el alumbramiento del nacionalismo en cuanto utopía universalista y emancipadora. Nacionalismo, sí, en lo que tiene de deslegitimación *popular e identitaria* del sistema de poder dominante y de fundamento *popular e identitario* de un nuevo orden pretendidamente ajeno, y ahí reside su contenido utópico, a la lógica del poder. Tesis esta que, en primer término, contribuiría a separar a Herder del romanticismo, a dejar de verlo como un romántico y a caracterizarlo como un ilustrado radical y, en segundo término, a identificar, dentro de las muchas Ilustraciones posibles, de la inagotable y polimórfica cantera del pensamiento histórico

ilustrado, una de las fuentes de lo que he dado en denominar la utopía nacionalista.

Sé que, al hablar de nacionalismo, tomo la parte por el todo y que generalizo en exceso sin realizar las distinciones académicas oportunas. Séame concedida esta licencia a fin de poner el foco donde me interesa, que sería, a la postre, parafraseando a Reinhart Koselleck y Elie Kedourie, una determinada *patología política* de la contemporaneidad. La que tramita, hasta llegar a sublimar, la realidad inexorable del poder mediante categorías estético-filosóficas que, al ocultar dicha realidad invocando reinos de fábula, posibilitan el establecimiento de tiranías mesiánicas. Categorías que, en el caso del *sublime* Herder, resultan bastante ilustrativas de uno de los partos más confusos y explosivos de la ideología nacionalista. Siendo su condición de intelectual *impaciente*, y el contexto al que pertenece, un laboratorio adecuado para asistir al proceso de elaboración de un tipo de argumentos filosóficos, antropológicos e históricos que tendrán un largo recorrido en la posterior historia del nacionalismo.

Quizá, lo menos importante del presente ensayo sea determinar si Herder fue o no fue un nacionalista o el tipo de nacionalismo que representa y lo más, apreciar la manera en que contribuyó a alumbrar ideológicamente la subversiva impronta del nacionalismo como artefacto retórico y político. Manera en la que se combinan, de un modo urgente y caótico, numerosas capas e influencias que dan testimonio de la exuberancia intelectual de la Europa y la Alemania de la segunda mitad del XVIII.

La mezcla de dicha exuberancia con las particulares circunstancias del medio alemán y con el carácter desapacible e infeliz de Herder ayudaría a explicar la singularidad y trascendencia de uno de los orígenes intelectuales del nacionalismo. Del cual, en este ensayo, me interesa más su proceso de fabricación que el producto finalmente resultante. Un nacionalismo discursivamente en formación, pero aún

no formado, cuya misma y heteróclita materia constitutiva (la empleada por Herder en su laboratorio de ideas) puede ayudar a entender la indeterminación de dicha ideología, los infinitos usos políticos a los que cabe destinarla, las, en fin, muchas y, a veces, opuestas caras del nacionalismo. Que, como sabemos por la historia, puede esgrimirse como un instrumento de liberación o de dominación, de vertebración del Estado o de desmembración del Estado, de pluralismo cívico o de homogeneización étnica. Un *misterio* que Herder amasó con la audacia ingenua y bienintencionada de un ilustrado radical, de un reformador de la humanidad.

1

El concepto nacionalista de cultura

I

Preguntarse por el sentido de una palabra tan esquiva, indefinible y polisémica como *cultura*, pero, por otra parte, tan fundamental a la hora de entender la política contemporánea supone aventurarse en territorio desconocido. Más aún cuando uno asume como propósito tratar de establecer aproximativamente la relación existente entre la cultura y el nacionalismo. Este último, dentro de las ideologías políticas, sigue siendo un modo de pensamiento ambiguo y desconcertante. A diferencia del liberalismo, el socialismo o el conservadurismo, todos ellos bien identificados en términos de sus orígenes y significados ideológicos, de sus creadores intelectuales y de su peripecia histórica, el nacionalismo sigue presentando importantes lagunas desde el punto de vista de la historia intelectual. Lo que contrasta con el hecho de su trascendente importancia en las batallas políticas de los siglos XIX, XX y comienzos del XXI. Es como si la indeterminación sentimental del nacionalismo, verdadera matriz de sus usos y abusos ideológicos, hubiese contribuido a difuminar el sentido intelectual del mismo, los elementos conceptuales vinculados con su *fabricación*, que, como veremos, tanta influencia poseen en aquella indeterminación sentimental que late en el fondo de la subversión nacionalista.

Johann Gottfried Herder (1744-1803), pensador alemán nacido en la Prusia oriental en una familia de escasos recursos y fe pietista, constituye el eje alrededor del cual proponemos esta indagación sobre el significado ideológico del

nacionalismo, sobre el lugar que ocupa dentro de las ideologías contemporáneas y sobre la relación que mantiene con ellas, fundamentalmente con el liberalismo. Herder no desempeña en estas páginas otra función que la de permitirnos entender aquel significado, dilucidar aquel lugar y explorar aquella relación. Su defensa de la singularidad de los pueblos y culturas, su visión del lenguaje como elemento clave de la identidad cultural, su crítica acerba del racionalismo ilustrado, que tanta repercusión ha tenido en la crítica actual de la globalización como forma estandarizada de vida, su humanitarismo pacifista y, en fin, su propia condición de intelectual impaciente, insatisfecho y marginal en un mundo que le dio la espalda hacen de él una atalaya privilegiada para entender el fenómeno nacionalista en sus orígenes.

Con este punto de vista, no pretendo decir que el nacionalismo saliese completamente formado y definido de la cabeza de Herder, sino que, en torno a este autor, a su época, ideas y personalidad, los elementos constitutivos del nacionalismo empezaron a girar y combinarse de una manera que dejó huella. Más que Herder, nos interesa la forma en que dichos elementos giraron y se combinaron, la huella dejada por los mismos y que, a la postre, es mi tesis, sirven para abrir una vía de conocimiento hacia el *misterio* nacionalista, hacia su indeterminación sentimental.

Herder merece la pena como autor en este ensayo más que por lo que dijo, cuyo valor deberán acreditar los especialistas en su obra, por las fuentes en que bebió para decirlo. Es decir, lo que hace de él un eje adecuado para descifrar el nacionalismo tiene que ver con el hecho de que Herder fue una auténtica *esponja* que absorbió, sin demasiado orden y con demasiada urgencia, el cambiante y efervescente mundo intelectual de su época. Esa segunda mitad del siglo XVIII que, en una Alemania donde, a diferencia de Francia y Gran Bretaña, no se había producido la unidad nacional, vio desplegarse trayectorias tan deslumbrantes

como las de un Lessing, un Hamann, un Goethe, un Kant o un Schiller. Herder se insertó en el vuelo de estas trayectorias y buscó su lugar al sol. Estudió con el Kant precrítico en el Königsberg de los años sesenta y mantuvo una larga amistad con él enturbiada al final por diferencias intelectuales irreconciliables. También en Königsberg conoció y admiró a Johann Georg Hamann, llamado el «Mago del Norte» por su saber y escritura esotérica y religiosa, con los que se oponía airadamente a la fe ilustrada en una razón emancipada. En el Estrasburgo de comienzos de los años setenta, trabó relación con un joven Goethe, al que deslumbraron los infinitos conocimientos literarios y filosóficos de Herder y que ayudó a éste a obtener el puesto de superintendente de Escuelas, pastor principal y predicador de la Corte en Weimar.

Herder formó parte de esa constelación de pensadores alemanes que, en la segunda mitad del siglo XVIII, revolucionaron el panorama europeo. El nacionalismo surge así de una obra inserta en el proceso de alumbramiento de la filosofía crítica, del idealismo, del romanticismo, etcétera. En este sentido, quizá sin saberlo y en una ominosa segunda fila respecto de los autores nombrados, Herder hizo su contribución a aquella revolución. Para ello, fue capaz de absorber un número llamativo de novedosas tendencias intelectuales y recrearlas a su modo y manera, de tal forma que semejante recreación le llevó a ser un autor enciclopédico donde convivían especialidades hoy separadas. Herder fue filólogo, crítico literario, historiador de la literatura, estudioso del folklore, filósofo, antropólogo, teólogo y pastor luterano. Esta precisión resulta importante para comprender que el nacionalismo inició su andadura en un mundo en el que prevalecían cualificaciones no tan mostrencamente académicas ni especializadas como las actuales, sino de más altos vuelos. No se trataba, entonces, de ser un crítico literario que escribiese en revistas ultraminoritarias o un historiador de la literatura entregado a la elaboración de infu-

mables tratados con millones de notas al pie, sino de ser un crítico y un historiador para reformar a la humanidad. Este tono moralizante, reformista y, en fin, ideológico de la enciclopédica obra herderiana nos habla no solo de su concepción ilustrada del saber como vía de perfeccionamiento moral y social, sino de una actitud rebelde e inconformista que se sirve del estudio y la erudición para remediar los males existentes.

No conviene olvidar que Herder, junto con Goethe y otros jóvenes airados, fue uno de los impulsores del movimiento prerromántico alemán conocido como *Sturm und Drang* (tempestad y empuje). Movimiento que se alzaba contra el filisteísmo burgués de los sentimientos convencionales e hipócritas y propugnaba una existencia pura y auténtica de pasiones naturales no traicionadas por los artificios sociales. La profunda visión histórica de Herder, que tanto influiría en el nacionalismo posterior, de un mundo de diversidad cultural respetuoso con la identidad originaria de cada pueblo y nación surge de una revuelta contra la sociedad establecida. Los jóvenes airados del *Sturm und Drang* crearon una literatura subversiva y trágica donde la escisión entre el alma bella y la realidad corrupta no se curaba mediante ningún paliativo, haciendo del suicidio una posibilidad siempre presente. Herder, en sentido estricto, fue un subversivo, un pastor que lanzó recriminatorias y agudas homilías en su obra contra la alianza entre príncipes, nobles y filósofos, contra ese reformismo ilustrado, tan emparentado en su cabeza con Federico II de Prusia y el Kant crítico, que minaba las bases de una sociedad natural, identitariamente pura, de un *Volk* incontaminado por las sofisticuerías filosóficas de los intelectuales y el elitismo, militarismo y burocratismo de los gobernantes.

Esta impronta subversiva, de crítica del statu quo, que Herder identificaba con el despotismo ilustrado de su tiempo, con el plan de reformas de una monarquía ajena a lo popular como clave de autenticidad social, dejará induda-